

endir el insoportable yugo de los castellanos (1).

Divididos estaban sobre la forma de gobierno que deberian darse. Querian algunos erigirse en república federativa al modo de la de Holanda. Preferian otros la monarquía, pero andaban discordes sobre la persona en cuyas manos habian de poner el cetro, proponiendo unos al de Braganza, otros al de Aveyro, y otros al de Villareal. El arzobispo, afecto á la casa de Braganza, les representó que no era posible librar-se de la dominacion de España, sino restituyendo la corona de Portugal á quien por derecho dinástico le pertenecia; y que por otra parte el duque de Braganza era ya el hombre mas poderoso del reino, digno ademas por su dulzura, su bondad y su prudencia. Adhiriéronse todos al fin á la proposicion del prelado, y no se disolvió la junta sin señalar los dias en que deberian reunirse para acordar los medios de asegurar el éxito de la empresa. Apresuradamente Riveyro á informar reservadamente al príncipe de esta resoluc-ion, aconsejándole que fuera á Lisboa para dar con su presencia aliento á los conjurados. Mostróse por algun tiempo el de Braganza irresoluto, vacilante y como remiso en aceptar el trono que le ofrecian: él hizo de modo que le rogáran é instáran, y á las diferentes comisiones que con este objeto se le presenta-

(1) Passarello, *Bellum Lusitanum, ejusque regni separatio*, cap. 4.º al 7.º
ib. I.—Seyner, *Historia del Le-*

ron no daba nunca una respuesta categórica; fuese verdadero amor á la vida tranquila y retirada á que se habia acostumbrado, fuese timidez de carácter ó política profunda, dejábase solicitar, ni concedia, ni negaba, ni desanimaba, ni daba calor al plan de su proclamacion.

Fuese la verdadera causa de esta conducta la que quisiera, sacó al duque y á los conjurados de este embarazo la duquesa su esposa, muger de tanta travesura como talento, de tan noble ambicion como de habilidad y viveza para los grandes negocios. *¿Qué vale mas, le dijo un dia: morir con una corona, ó vivir en un retiro arrastrando toda la vida las cadenas? La muerte te espera en Madrid, acaso tambien en Lisboa; pero en la corte de Castilla morirás como un miserable, mientras en la de Portugal podrás morir cubierto de gloria y como rey. Depon, pues, todo temor, y no te des en el partido que debes tomar.* En efecto, ya no vaciló mas el duque; don Pedro Mendoza llevó la noticia de su resoluc-ion á los conjurados; y ocupáronse ya estos en concertar el tiempo y el modo de dar el golpe, entendiéndose para todo con el príncipe por medio de Pinto. Cosa admirable fué, que entre tantos como sabian ya lo que se tramaba en el tiempo que medió hasta su ejecucion, hombres y mugeres de alta y de baja clase, nadie reveló el secreto, que es el mejor testimonio de que la conspiracion era popular. Algo sospechó Vasconcellos, y algo se bar-

runtaba en la corte de Madrid; por lo cual se ordenó al de Braganza que viniese inmediatamente, porque el rey deseaba que le instruyera personalmente y de palabra de la disposición y estado de las tropas y de las plazas de Portugal. El príncipe por consejo de su esposa contestó que se preparaba á venir, y para persuadirlo mejor envió un gentil-hombre de su confianza, el cual comenzó por alquilar una gran casa, amueblarla con magnificencia, admitir buen número de criados, vestirlos con ricas libréas, y hacer otros gastos y preparativos semejantes. Mas á pesar de todo la corte andaba ya muy recelosa, y otra orden apremiante del rey mandando presentar al duque hizo necesario apresurar el golpe en Portugal. Todo estaba ya preparado ⁽¹⁾.

A las ocho de la mañana del 4.º de diciembre (1640) salieron los conjurados de los puntos en que se habían reunido, y se encaminaron al palacio de Lisboa. Un pistoletazo disparado por Pinto Riveyro fué la señal para atacar la guardia castellana y alemana, al grito de *¡Libertad, libertad! ¡Viva don Juan IV., rey de Portugal!* Un sacerdote iba delante

(1) El historiador de este levantamiento, fray Antonio Seyner, religioso agustino, nos informa de cómo los de la Junta acordaron con algunos padres de la Compañía de Jesús que estos indujesen al pueblo á que tan pronto como los caballeros apellidáran libertad acudieran todos á palacio con sus

armas á sostener la revolución: cuenta la parte que en el levantamiento tomaron los jesuitas de Lisboa, y refiere como la adhesión de todo el Rio Janeiro se debió á las trazas del provincial de la Compañía en el Brasil.—Seyner, Historia del Levantamiento de Portugal, lib. II., cap. 3, 4 y 5.

llevando en una mano un crucifijo, en la otra una espada, animando al pueblo con voz terrible y dándole ejemplo de intrepidez y valor. Así fué acometida la guardia castellana que ocupaba el fuerte, quedando arrollada despues de alguna resistencia. Ninguna opuso la alemana, porque fué enteramente sorprendida. Mientras el venerable don Miguel de Almeida corría por todas partes arengando al pueblo, que le correspondia entusiasmado, Pinto Riveyro al frente de su bando penetró en palacio en busca de Vasconcellos. Salía de su cuarto el teniente corregidor de Lisboa: *¡Viva el duque de Braganza, nuestro rey!* le gritaron los conjurados.—*¡Viva Felipe IV., rey de España y de Portugal!* contestó el magistrado; y al acabar estas palabras un tiro de pistola le quitó la voz y la vida. A don Antonio Correa, á quien encontraron despues, primer comisionado de Vasconcellos, le dieron algunas puñaladas y le dejaren por muerto tendido en el suelo. El capitán don Diego Garcés, que estaba á la puerta del aposento del ministro, echó mano á la espada para detenerlos, pero acometido por todos hubo de arrojarse por la ventana, y salvó la vida, aunque quebrantándose una pierna. Entraron los conjurados en la cámara de Vasconcellos, y aquel hombre que un momento antes había blasonado de que imitaría el valor y la serenidad de César, fué hallado escondido en una alhacena; descubrió una criada; Tello le tiró un pistoletazo, y los demás le atravesaron con

sus espadas. Su cadáver fué arrojado por el balcon á la plaza de palacio á los gritos de: *El tirano ha muerto. ¡Viva la libertad! ¡Viva don Juan IV., rey de Portugal!* (1).

El pueblo, que en tales casos goza y se recrea con los espectáculos sangrientos, entretúvose por espacio de dos dias en hacer objeto de sus brutales diversiones el cuerpo de aquel soberbio ministro que pocos momentos antes traia sujeto y hacía temblar á todo Portugal. No hay afrenta ni escarnio imaginable que no se ejecutára con él en medio de la mas horrible algarazara; hasta que Pinto con hipócrita piedad mandó llevarle á la iglesia para darle sepultura, envuelto en un paño viejo que al efecto compraron los hermanos de la Misericordia. El fin trágico y miserable que tuvo Vasconcellos es una de las muchas lecciones con que á cada paso está enseñando la historia á los hombres que ejercen autoridad y ocupan altos puestos de un

(1) Seyner, Historia del Levantamiento de Portugal, lib. II.—Passarello, *Bellum Lusitanum*, libro I.

Hemos visto una relacion manuscrita de los sucesos del 4.º de diciembre en Lisboa, en la cual se cuentan algunos curiosos pormenores de los que ocurrieron en aquel famoso acontecimiento. Refiérese, entre otras cosas, que el arzobispo de Lisboa se dirigió á palacio en procesion con toda la clerecía, excitando á todos á que gritáran: *¡Viva el rey don Juan!* y que al pasar por San Antonio se desclavó un brazo al crucifijo que

en la *capilla*, lo cual se creó fué cosa preparada por el mismº prelado para mover mas al pueblo, exclamando como exclamó: *¡Milagro, milagro! esta es obra de Dios, que quiere que tengamos rey: ¡viva el rey don Juan!*—Tomo de MM.SS. de la Real Academia de la Historia, C. 35.—Tambien Passarello hace mencion de este hecho. Copiaremos solo las palabras del sumario. *Antistis Ulisipponensis solemnem instituit processionem, in qua verum ant fictum miraculum vulgus maxime movet.*

estado, cuán espuestos están á ser víctimas de la venganza pública, cuando en vez de gobernar con justicia y con moderacion se ensoberbecen y ciegan con el poder, y tiranizan y esclavizan los pueblos.

Otros en tanto habian ido á la cámara de la vireina, la cual se hallaba acompañada de sus damas y del arzobispo de Braga. Esta señora, mas valerosa que Vasconcellos, cuando vió que forzaban ya su misma puerta se presentó á los conjurados y procuró aplacarlos diciendo, que pues el ministro á quien aborrecian como la causa de sus males habia sido ya sacrificado á la venganza del pueblo, debian aquietarse, y ella les prometia el perdon si cesando el tumulto volvian á la obediencia del rey. Respondióle á esto don Antonio de Meneses, que tantos varones principales no se habian levantado para quitar la vida á un miserable, que debió perderla por mano del verdugo, sino para poner en la cabeza del duque de Braganza la corona que de derecho le correspondía. Invocó otra vez la vireina la autoridad del monarca español, y replicóle Almeida que Portugal no reconocia mas rey que el duque de Braganza, gritando todos: *¡Viva don Juan, rey de Portugal!* Quiso todavía aquella señora salir de palacio para hablar al pueblo, pero impidióselo don Carlos Norohna, aconsejándola que no se expusiera á sufrir sus insultos.—*¿Qué puede hacerme á mí el pueblo?* preguntó la duquesa.—*Nada mas, señora*, replicó Norohna, *que arrojar á V. A. por la ventana.*

Hombre impetuoso y vehemente el arzobispo de Braga, que estaba á su lado, al oír tan descomedida respuesta arrancó la espada á uno de los conjurados, y Dios sabe lo que en su acaloramiento hubiera hecho si Almeyda no le detuviera y apartára, diciéndole que sobre ser aquel un arranque impropio de su dignidad esponía mucho su vida, porque el pueblo le aborrecía de muerte, y habia estado en poco que los conjurados no le hubieran designado por víctima⁽¹⁾. Pero la vireina y el primado fueron retenidos, y los castellanos que habia en Lisboa presos, mientras se sacaba de las cárceles á los reos de Estado, y en los consejos y tribunales se proclamaba al de Braganza rey de Portugal. Faltaba apoderarse de la ciudadela, de la cual eran dueños todavía los españoles, y sin la cual no podían decir los conjurados que dominaban la ciudad. A este fin presentaron á la vireina una orden mandando al gobernador que la entregara, y la forzaron á firmarla bajo la amenaza que si no lo hiciera degollarían irremisiblemente todos los españoles residentes en Lisboa. Esperaba todavía la vireina que el gobernador comprendería que era un escrito arrancado por la violencia, pero se equivocó, porque el gobernador don Luis del Campo, ó por credulidad ó por falta de valor, cumplió la orden rindiendo la fortaleza

(1) Y era la verdad que en las juntas que se tuvieron en casa de Pinto habian propuesto algunos que el arzobispo sufriera la misma suerte que Vasconcellos, si bien se desistió por las razones y consideraciones que espuso Almada.

á los conjurados⁽¹⁾. Los demas fuertes se fueron rindiendo, por igual engaño unos, otros por cobardía, y alguno, doloroso es decirlo, por cohecho.

Quedó pues triunfante la conspiracion en menos de tres horas: este breve plazo bastó para consumar una de las mas grandes revoluciones que pueden hacerse en un pueblo, lo cual no se realiza sino cuando hay justicia en el fondo de la causa, y cuando la opinion pública está muy preparada y madura. Nombróse al arzobispo de Lisboa presidente del consejo y teniente general hasta que llegara el nuevo rey, y diósele por consejeros á don Miguel de Almeyda, don Pedro Mendoza y don Antonio de Almada, principales agentes de la revolucion. Abiertas las puertas de la cámara del consejo á petición de la multitud, se desplegó el estandarte real, y se paseó por calles y plazas, proclamando el pueblo entero ébrio de alegría, *¡Libertad, viva nuestro rey don Juan IV.!* Aquella misma noche el arzobispo correos á todas partes con órdenes para que se proclamara rey de Portugal al duque de Braganza con el nombre de don Juan IV., y al clero y magistrados para que hiciesen procesiones públicas dando gracias á Dios por haberlos librado de la tiranía de los castellanos⁽²⁾.

(1) Seyner, lib. I. cap. 11.— De tal manera le acosaron despues el pesar y los remordimientos ó de su flaqueza ó de su error, que el infeliz Campo llegó á perder la razon, y vino á morir degradingamente en el hospital de dementes de Toledo.

(2) Al dia siguiente se hicieron varias prisiones de ministros de

Lisboa se dedicó á preparar el recibimiento solemne á su nuevo monarca. Intimóse á la vireina que desocupára el palacio. Al trasladarse aquella señora al alojamiento que le destinaron, que era un convento extramuros de la ciudad, rodeada de sus damas, y acompañada del arzobispo de Braga, que no quiso desampararla nunca, atravesó la ciudad con tan magistoso continente, que á pesar de agolparse en toda la carrera una inmensa muchedumbre, todo el mundo la miraba con respeto, y nadie se atrevió á dirigirla un solo insulto (1). A buscar al nuevo soberano en su retiro de Villaviciosa marcharon Mendoza y Melo, y el arzobispo no cesaba además de despacharle correos para que apresurase su ida. Caminaba ya el duque lentamente hácia la córte, pero en el llano de Montemor tomó una posta y se dirigió á Aldea Gallega. Desde allí en una humilde barca de pescadores atravesó el Tajo, llegó de incógnito á la plaza del palacio real de Lisboa, y pasando por entre multitud de gentes sin que nadie le conociera, se entró en la casa de la Compañía de Indias, magnífico depósito y alma-

Castilla y de otros empleados que ocupaban altos puestos. Ya antes se habia preso al marqués de la Puebla, á don Diego de Cárdenas y al conde Brineto.—Seyner, libro III.—Relacion política das mais particulares accioes do conde-duque de Olivares, traducido por Rodrigo Cabral. Lisboa, 1714.—Historia de la conjuracion de Portugal en 1640. Amsterdam, 1689.

(1) Despues de estar algun tiempo como prisionera en Lisboa fué traída á Castilla, acompañándola los gobernadores y la nobleza de las ciudades hasta la frontera con mucho acatamiento. Por eso solia decir aquella señora, que los portugueses aun en sus enojos sabian ser atentos y galantes con las damas.

cen de riquezas en otro tiempo, entonces desamparada y pobre. Hizo esto el de Braganza por cierta desconfianza de lo que suelen ser las cosas humanas, para informarse por sí mismo de la verdadera disposicion del pueblo.

Mas no podia estar mucho tiempo oculta su llegada. El pueblo al saberlo abandonó sus labores y se entregó de lleno al regocijo. Agolpóse á la casa de la Compañía, y pidió que saliera al balcon. Aclamaciones de júbilo resonaron al verle por todas partes. Desde luego comenzó el nuevo soberano á dar pruebas de su discrecion y talento. Como el magistrado propusiera dar diversiones al pueblo, «*Nosotros, respondió, celebraremos fiestas despues de haber hecho los preparativos para defendernos contra nuestros enemigos.*» Con la misma discrecion y cordura se condujo en la provision de los primeros empleos, y en el restablecimiento del orden público, cosas ambas difíciles despues de un sacudimiento, y en que no preside siempre el acierto y el tino, por lo mismo que se despiertan muchas ambiciones, y las pasiones están vivas y agitadas. Señalóse dia para su entrada pública y para su coronacion, y uno y otro se hizo con la solemnidad que correspondia. Puesto el rey de rodillas ante un altar que se erigió en la plaza de palacio, y con la mano puesta sobre los Santos Evangelios, juró regir y gobernar el reino con justicia y mantener los usos, privilegios y fueros concedidos por sus ma-

yores, y á su vez los tres estados, clero, nobleza y pueblo, le juraron á nombre de la nacion obediencia y fidelidad, recibéndole por su legítimo rey. Asi quedó consumada una de las mayores revoluciones que puede hacer un pueblo. Portugal se segregó otra vez de España; volvió á constituirse en reino independiente y libre, y se rompió de nuevo la unidad ibérica, la obra que habia costado tantos siglos de esfuerzo á nuestros mayores, y todo por la desacertada política de los príncipes de la casa de Austria, y por las injusticias y las imprudencias de sus ministros y gobernadores.

Grande admiracion y sensacion profunda causó la noticia de estos sucesos en la córte de España, que se hallaba, como de costumbre, entretenida con unas fiestas de toros, celebradas estas para agasajar á un embajador de Dinamarca, y en cuyo espectáculo habian hecho de actores los principales de la nobleza. No comprendia nadie cómo un suceso de tanta monta y que necesitaba de larga preparacion y no podia realizarse sin ser sabido por muchos, habia cogido tan desprevenidos á la vireina y los ministros; ni tampoco comprendia cómo los gobernadores de las plazas las habian entregado con tanta facilidad, que parecia haber estado de inteligencia con los rebeldes. Los cargos se dirigian de público principalmente contra el ministro favorito, á quien se acusaba de tan imbécil é inepto como soberbio y tirano. Olivares sintió al pro-

pio tiempo abatimiento y desesperacion. Todo el mundo sabia ya la novedad menos el rey. Temeroso el conde-duque de que alguno se la comunicára de modo que escitase su indignacion contra él, determinó darle él mismo la mala nueva en una forma bien singular. Es fama que hallándose un dia entretenido con el juego el indolente monarca, se llegó á él el de Olivares con alegre rostro y le dijo: «Señor, traigo una buena noticia que dar á V. M. En un momento ha ganado V. M. un ducado con muchas y muy buenas tierras.—¿Cómo es eso? le preguntó el buen Felipe.—Porque el duque de Braganza ha perdido el juicio: acaba de hacerse proclamar rey de Portugal, y esta locura da á V. M. de sus haciendas doce millones.» Aunque no era grande la penetracion del rey, algo comprendió de lo que habia, y solamente dijo: «Pues es menester poner remedio.» El semblante del rey se nubló, y el de Olivares sospechó si se nublaría tambien la suya, su privanza (1).

Para evitarlo procuraba distraer al monarca con nuevas diversiones, pero el pueblo con su buen instinto le servia de avisador. Un dia, al salir el rey á una cacería de lobos, le gritó el pueblo en las calles: «Señor, señor, cazad franceses, que son los lobos que tememos.» Recelaba ya tambien el ministro de los grandes y de la misma reina: á esta le puso al lado su mu-

(1) Faria y Sousa, Epítome de Felipe IV. de Castilla. Historias portuguesas, reinado de

ger, haciéndola su compañera asidua, para que apenas pudiese hablar con el rey sino en su presencia: y con aquellos contenta todo género de desafueros por cualquiera murmuracion que supiese, al mismo tiempo que prevenia á los sacerdotes que en los sermones procuráran tranquilizar al pueblo: todo efecto de los remordimientos y de los temores que sentia: pero ninguna medida salvadora respecto á Portugal, de esas que en los momentos supremos de una nacion pueden reponerla de su aturdimiento, y remediar ó atenuar los efectos de una gran catástrofe. Pensó en conservar su privanza, y respecto á lo demas contentóse al pronto con informar al marqués de los Velez de lo acontecido, encargándole ocultara la noticia á su ejército, y que no cundiera en Cataluña, ya para que no se envalentonáran los catalanes, ya para evitar la desercion de los portugueses.

Tal era la situacion de España al terminar del año 1640: año de fatal recordacion para el pueblo que abrigue sentimientos de españolismo y de dignidad nacional. En él, por la inconveniente política de nuestros reyes y por las insignes imprudencias de un ministro favorito, orgulloso y desatentado, perdimos un reino y nos veiamos amenazados de perder una importante provincia de la monarquía.

CAPITULO VIII.

LA GUERRA DE CATALUÑA.

De 1644 á 1643.

Insistencia y teson de los catalanes.—Sale nuestro ejército de Tarragona.—El paso de Martorell.—Son arrollados los catalanes.—Marcha del ejército real hasta la vista de Barcelona.—Consejo de generales.—Intimacion y repulsa.—Preparativos de defensa en la ciudad y castillo.—Entréganse los catalanes á la Francia, y proclaman conde de Barcelona á Luis XIII.—Ordena el marqués de los Velez el ataque de Monjuich.—Heróica defensa de los catalanes.—Auxilios de la ciudad y de la marina.—Valor, decision y entusiasmo de todas las clases en Barcelona.—Gran derrota del ejército castellano en Monjuich.—Pérdida de generales.—Retirada á Tarragona.—Dimision del de los Velez.—Reemplázale el principe de Butera.—Fiestas en Barcelona.—Entrada del general francés conde de la Motte en Cataluña.—Bataja del campo de Tarragona.—Escuadra del arzobispo de Barcelona.—Sitian los franceses á Tarragona por mar y por tierra.—Grande armada española para socorrer la ciudad.—Es socorrida.—Diputados catalanes en París.—Ofrecimiento que hacen al rey.—Palabras notables de Richelieu.—Ejército francés en el Rosellon.—El mariscal de Brezé, lugarteniente general de Francia en Cataluña.—Es reconocido en Barcelona.—El marqués de la Hinojosa reemplaza en Tarragona al principe de Butera.—El marqués de Povar, don Pedro de Aragon, es enviado con nuevo ejército á Cataluña.—Mándasele para el Rosellon.—Franceses y catalanes hacen prisionero al de Povar y á todo su ejército sin escapar un soldado.—Son enviados á Francia.—Esplicanse las causas de este terrible desastre.—Regocijo en Barcelona: consternacion en Madrid.—El rey